

## EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO SEGÚN EL *DIRECTORIO GENERAL PARA LA CATEQUESIS*

MIGUEL ÁNGEL MEDINA  
Facultad de Teología San Dámaso  
Madrid

El nuevo *Directorio general para la catequesis*<sup>1</sup> se hace eco de una problemática que no es nueva en la Iglesia: el diálogo interreligioso. Hasta ahora, el tema venía ampliamente tratado en los documentos dedicados a la "evangelización", cosa que no sucedía en aquellos sobre la "catequesis". Por fin ahora, y aunque sea de modo pasajero, un documento para la catequesis universal nos presenta el desafío que representa el diálogo interreligioso para este ministerio eclesial.

No nos hagamos ilusiones. El nuevo *Directorio* plantea, pero no desarrolla, el tema del diálogo en la catequesis. Quizá tampoco sea necesario, pues tendría que repetir lo que ya se ha dicho en otros documentos relativos a la misión evangelizadora de la Iglesia. A ellos parece remitir la doble perspectiva en la que plantea la relación catequesis-misión de la Iglesia: si la catequesis es preparación para la misión de la Iglesia y para la coexistencia con creyentes de otras religiones, el tema adquiere las perspectivas ya enunciadas en documentos relativos a la evangelización.

El DGC trata de la "preparación para la misión de la Iglesia" en el capítulo III de la parte primera, dedicado a la "Naturaleza, tarea y finalidad de la catequesis" (nn. 77-91). Más específicamente, en la sección de las "Tareas fundamentales de la catequesis", apartado en el que se ha incluido un número sobre "Otras tareas relevantes de la catequesis: iniciación y educación para la vida comunitaria y para la misión" (DGC 86).

---

<sup>1</sup> Cf. Congregación para el Clero, *Directorio General para la Catequesis* (DGC) (Città del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 1997).

A su vez, la dimensión de "preparación para la coexistencia y diálogo con los creyentes de otras religiones" aparece en la cuarta parte, capítulo IV, dedicado a la "Catequesis según el contexto socio-religioso" (nn. 199-200).

#### I. LA CATEQUESIS, PREPARACIÓN PARA LA MISIÓN DE LA IGLESIA: EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO

La catequesis ha de verse dentro del proceso global de la misión evangelizadora de la Iglesia. Como parte de la evangelización total, la catequesis tiene relación con todos y cada uno de los elementos que integran el proceso evangelizador, aunque no se confunde con ninguno de ellos.

¿Debe presuponerse la adhesión al evangelio de Jesús, siquiera global, que la catequesis viene a profundizar? Teóricamente podemos aceptarlo; en la práctica, el discurso es muy otro. Pero no me voy a detener en esta situación, tratada magistralmente en el artículo de Antonio Alcedo. Estoy profundamente convencido de que cada día será más necesaria una *catequesis de impronta evangelizadora o kerigmática* que incluya tareas que atañen al "encuentro del anuncio" con el individuo y con otras religiones.

La catequesis remite siempre a la conversión y maduración de la fe, tarea que no se da nunca por terminada. Es la ley del crecimiento, propio de toda vida y también de la cristiana. La catequesis no puede limitarse a una enseñanza elemental de la fe, sino que ha de orientarse a la iniciación y vivencia cristiana integral. Ésta es la catequesis en sentido pleno: no se queda en la dimensión cognoscitiva de una enseñanza teórica de la fe, sino que la enriquece mediante la educación en la vivencia de las actitudes evangélicas y celebrativas del compromiso apostólico.

A la vista de estos cometidos y objetivos, se concluye que la catequesis "es una tarea necesaria y primordial dentro de la misión evangelizadora de la Iglesia. Sin ella, la acción misionera no tendría continuidad ni llegaría a desplegar su fecundidad..."<sup>2</sup> Y es precisamente dentro de este gran

---

<sup>2</sup> Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, *La catequesis de la comunidad* (Madrid, Edice, 1983) n. 35. Cf. E. Alberich, *Catequesis*, en J. Vecchi / J. M. Prellezo, *Proyecto educativo pastoral. Conceptos fundamentales* (Madrid, CCS, 1986); V. M. Pedrosa, *La catequesis hoy* (Madrid, PPC, 1983); J. Gevaert et al., *Diccionario*

contexto que el DGC sitúa la actividad catequética y la acción del diálogo interreligioso:

La catequesis está abierta, igualmente, al dinamismo misionero. Se trata de capacitar a los discípulos de Jesucristo para estar presentes, en cuanto cristianos, en la sociedad, en la vida profesional, cultural y social. Se les preparará, igualmente, para cooperar en los diferentes servicios eclesiales, según la vocación de cada uno. Este compromiso evangelizador brota, para los fieles laicos, de los sacramentos de la iniciación cristiana y del carácter secular de su vocación. También es importante poner todos los medios para suscitar vocaciones sacerdotales y de especial consagración a Dios en las diferentes formas de vida religiosa y apostólica, y para suscitar en el corazón de cada uno la específica vocación misionera...

En la educación de este sentido misionero, la catequesis preparará para el diálogo interreligioso, que capacite a los fieles para una comunicación fecunda con hombres y mujeres de otras religiones. La catequesis hará ver cómo el vínculo de la Iglesia con las religiones no cristianas es, en primer lugar, el del origen común y el del fin común del género humano, así como el de las múltiples "semillas de la Palabra" que Dios ha depositado en esas religiones. La catequesis ayudará también a saber conciliar y, al mismo tiempo, distinguir el "anuncio de Cristo" y el "diálogo interreligioso". Ambos elementos, manteniendo su íntima relación, no deben ser confundidos ni ser considerados equivalentes. En efecto, el diálogo interreligioso no dispensa de la evangelización<sup>3</sup>.

### 1. *El diálogo en la misión evangelizadora de la Iglesia*

De la creencia en una Iglesia encargada de la salvación se ha pasado a la aceptación de que en la misión nos encontramos con el Espíritu que inspira a todos aquellos que caminan por diferentes sendas hacia la salvación. La Iglesia, las otras religiones e ideologías son, en cierto modo y por obra de ese Espíritu, compañeras y asociadas en una búsqueda común que trata de asir más claramente la plenitud de la salvación, que se halla frente a nosotros.

También se ha pasado de un concepto de "implantación de la institución eclesial", responsabilidad de unos pocos misioneros, a un concepto

---

*de catequética* (Madrid, CCS, 1987); R. Blázquez, *Iniciación cristiana y nueva evangelización* (Bilbao, DDB, 1992).

<sup>3</sup> DGC 86; cf. *Evangelii nuntiandi* (EN) 53; *Redemptoris missio* (RM) 55-57.

de misión que tiene en cuenta los aspectos del encuentro y el diálogo entre el evangelio y la situación total del mundo. Un paso más y aparece la conciencia de que la misión, como dimensión esencial de la Iglesia, es responsabilidad de todos los cristianos. En esta perspectiva, el DGC acierta a plantear la "catequesis" como medio de preparación para la tarea evangelizadora de todos los cristianos y, por tanto, también de los catequizandos.

Los medios avanzados de comunicación y transporte han reducido nuestro mundo al tamaño de una "aldea de dimensiones universales". El mundo se mueve hacia un mayor diálogo y solidaridad entre las naciones y las culturas, las religiones y las filosofías. Expresiones como "misión en los seis continentes" y "misión en la diáspora" hacen referencia a la convicción de que, aunque hay Iglesias locales establecidas en todas partes, también en todas partes encontramos "situaciones misioneras". La misión, entonces, debe considerarse como responsabilidad de cada una de ellas, lo cual significa que todas y cada una tienen que evangelizar "su propio patio".

La situación histórica actual deslimita geográficamente el espacio de la relación entre la Iglesia y las religiones del mundo. La progresiva realización de una comunidad mundial, a la que estamos asistiendo, lleva inevitablemente a un pluralismo religioso que exige de todo cristiano un sincero encuentro-diálogo con las religiones que coexisten en la comunidad de los pueblos, e incluso en la propia comunidad urbana. Esta convivencia interreligiosa tiene varias consecuencias, no sólo para las Iglesias locales en los países de misión, sino también para los cristianos de España, que cada día están más en contacto con los valores religiosos y culturales de los distintos pueblos. Así lo afirma el mismo *Directorio*, expresando cómo la catequesis debe asumir una triple responsabilidad: profundizar la identidad de los bautizados, ayudar a tomar conciencia de la presencia y valor de otras religiones y promover en todos los catequizandos un vivo sentido misionero<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> "Los cristianos viven hoy con frecuencia en contextos multireligiosos y no pocos están en ellos en minoría... la catequesis... está llamada a asumir una delicada responsabilidad que requiere diversas tareas.

Ante todo, la catequesis ha de ayudar a profundizar y robustecer la identidad de los bautizados, en especial donde están en minoría, mediante una adaptación o inculturación conveniente, en una confrontación necesaria entre el Evangelio de Jesucristo y el mensaje de las otras religiones...

En épocas pasadas, los cristianos adoptaron actitudes negativas y despectivas para con los seguidores de otras religiones; les consideraban hijos del demonio; sentados en la sombra de la muerte y necesitados de redención por los méritos de Cristo. Hoy, gracias a Dios, esta concepción está cambiando en actitudes más positivas.

Y así debe ser. Desde una perspectiva de fe cristiana, la singularidad de Jesucristo y el punto central que su persona ocupa en los planes salvíficos de Dios, la voluntad divina sobrenatural de salvar a todos los hombres, la presencia activa y creadora del Espíritu Santo en todos los hombres y la providencia paternal de Dios para con los hombres de todos los tiempos son datos capitales que el cristiano debe tener muy en cuenta en su actitud ante el misterio, teológicamente desconcertante y paradójico, de la existencia de las religiones no cristianas.

Desde antes del Vaticano II, los teólogos vienen hablando de la experiencia inarticulada de Cristo en las demás religiones; de las semillas cristianas contenidas en ellas; de la función que compete a éstas en la preparación de las naciones para aceptar la plenitud del misterio de Dios en Cristo. Hay quienes definen como "cristianos anónimos" a los buenos creyentes de otras religiones, pues Cristo es la única y verdadera causa eficiente de nuestra salvación. Algunos afirman que los no cristianos, individualmente, podrían salvarse fuera de la comunión visible con la Iglesia. Otros creen que el cristianismo debería ser la vía extraordinaria de salvación, mientras que las restantes religiones representarían la vía ordinaria. En fin, cada día son más numerosos los cristianos dispuestos a aceptar que la genuina fe religiosa, los verdaderos símbolos religiosos y la revelación profética pueden darse también fuera del cristianismo y, por tanto, que las religiones tienen una función salvífica para sus seguidores.

---

En segundo lugar, la catequesis ha de ayudar a tomar conciencia de la presencia de otras religiones. A la vez de capacitar a los fieles a discernir en ellas los elementos que entran en confrontación con el mensaje cristiano, la catequesis ha de educar también para descubrir las semillas del Evangelio que hay en estas religiones y que pueden constituir una auténtica *preparación evangélica* al mismo.

En tercer lugar, la catequesis ha de promover en todos los creyentes un vivo sentido misionero. Éste se manifiesta en el testimonio diáfano de la fe, en la actitud de respeto y de comprensión mutuas, en el diálogo y la colaboración en defensa de los derechos de la persona y en favor de los pobres y, donde es posible, con el anuncio explícito del Evangelio" (DGC 200).

Desde este convencimiento, la Iglesia toma en serio a las otras religiones. Es interesante recordar lo que escribía Pablo VI: "La Iglesia respeta y estima a estas religiones no cristianas, por ser la expresión viviente del alma de vastos grupos humanos. Llevan en sí mismas el eco de milenios a la búsqueda de Dios; búsqueda incompleta, pero hecha frecuentemente con sinceridad y rectitud de corazón" (EN 53). Por ello, reconoce y valora la realidad de la pluralidad religiosa al tiempo que debe anunciar "y tiene la obligación de anunciar constantemente a Cristo, que es el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6), en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa y en quien Dios reconcilió consigo todas las cosas" (NA 2). ¿Cómo hacer ambas cosas sin disminuir en su obligación evangelizadora o desvirtuar su estima por esas religiones?

Para realizar esta tarea, la Iglesia debe entrar en contacto con los seguidores de otras religiones en un espíritu de comprensión y respeto mutuos. La actitud de la Iglesia ante la realidad del pluralismo religioso no es un simple "dejar hacer" o una velada aprobación de cualquier forma de religión o realidad que esté dentro de una tradición religiosa particular. La Iglesia está llamada a ayudar a todos en su camino hacia la verdad. Para ello promueve el diálogo, mediante la comprensión mutua, la unidad de acción y la colaboración en la promoción de valores y proyectos comunes, sobre todo en lo que se refiere a la justicia, la paz, el desarrollo y el respeto de la dignidad humana<sup>5</sup>.

## 2. Tensiones entre diálogo y misión

Más que tensiones debiéramos hablar de "desafíos" o retos. El primer reto surge a la hora de compaginar dos obligaciones: la de difundir el

---

<sup>5</sup> "Así, al promover estos valores, en un espíritu de emulación y de respeto por el misterio de Dios, los miembros de la Iglesia y los seguidores de las otras religiones se sienten compañeros en el camino común que toda la humanidad está llamada a recorrer. Lo decía el papa Juan Pablo II en Asís, al final de la jornada de oración, ayuno y peregrinación por la paz: 'Intentemos ver en ella una anticipación de lo que le gustaría a Dios que fuera el desarrollo histórico de la humanidad: un viaje fraternal en el que nos acompañamos mutuamente hacia la meta trascendente que él establece para nosotros'" (Documento conjunto del Consejo Pontificio para el Diálogo interreligioso y la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, *Diálogo y anuncio. Reflexiones y orientaciones sobre el diálogo interreligioso y el anuncio del Evangelio de Jesucristo*, n. 79, en F. Gioia, *Il dialogo interreligioso nel Magistero Pontificio [1963-1993]* [Città del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana] 696-741).

mensaje cristiano con fuerza y coraje "hasta la efusión de la sangre", si fuera necesario (DH 14), y el total respeto a la libre decisión del otro y su conciencia. De esta tensión fundamental nacen las restantes tensiones entre la universalidad del mensaje evangélico y el respeto por la identidad cultural y espiritual de los no cristianos; entre el reconocimiento y la aceptación de los valores espirituales de otras religiones y la total fidelidad a Cristo; entre la presencia y acción universal del Verbo y del Espíritu y su encarnación en Jesús de Nazaret.

Es cierto que la palabra "misión", marcada con una cierta resonancia triunfalista, tiende a ser sustituida por la de "diálogo", como si una teología más optimista de las mediaciones de salvación fuera de la Iglesia nos llevara a disminuir la urgencia de la misión. Pero ésta es una concepción estrecha, legalista y eclesiocéntrica de la misión. Los textos del Vaticano II afirman, a la vez, las posibilidades de salvación ofrecidas a los hombres que ignoran el evangelio (LG 16) y la necesidad de la misión de la Iglesia (AG 7).

Partamos de una afirmación: no se puede reducir la misión al diálogo. Algunos ven en el diálogo un peligro para la misión, por cuanto denotaría una falta de coraje para proclamar con claridad la Palabra de Dios con todas sus exigencias. En el otro bando están quienes consideran que el diálogo debe ser el sustituto de la misión: la "Iglesia de la misión" sería sustituida por la "Iglesia del diálogo", lo que es inaceptable por el significado mismo de sustitución. Conscientes de ello, proponen diversos modos de considerar el diálogo: para unos sería como el *preámbulo a la proclamación de la Buena Noticia*. Sería un encuentro entre amigos, para crear una atmósfera favorable a la misión, una "praeparatio evangelica" a muy largo plazo. Otros lo considerarán como una *modalidad o una acentuación diversa de la actividad de la Iglesia* de proclamar y actuar el plan salvífico de Dios. Tal actividad salvífica se llamaría "misión" si se considera la persona del mitente y la obediencia que se le debe; "evangelización" si se mira al evangelio que es proclamado; y "diálogo" si se considera el destinatario del mensaje, su libertad y los valores de que es portador. Por tanto, la distinción entre diálogo y misión no sería real, sino modal. Finalmente, hay quienes lo presentan como un *ministerio particular, que debe ser ejercitado en paralelo a la misión* para descubrir en el otro lo que es común y, de ese modo, establecer una relación de comunión.

Ninguna de esas interpretaciones es totalmente correcta. Misión y diálogo forman parte de la misma actividad evangelizadora. El diálogo es

la norma y el estilo necesario de toda misión cristiana y de cada parte de la misma, se trate de la simple presencia y testimonio, del servicio o del anuncio directo. En esto, la catequesis debe ser irreductible: la preparación y realización de la misión debe estar siempre permeada por un profundo espíritu de diálogo, pero sin renunciar a los otros aspectos de la misión. El ejemplo de Cristo es elocuente: entra en diálogo con todos, independientemente de su origen, religión, ética. Hay en él una actitud de respeto por todas las personas que encuentra y por los valores que hay en ellas, pero sin renunciar nunca a la propuesta de su mensaje. Todo está marcado por un gran amor hacia el ser humano.

Por tanto, el diálogo no es un simple método pastoral, sino que constituye un elemento auténtico de la vocación evangelizadora. Tiende al anuncio evangelizador, cuando llegue el momento oportuno, para que se realice la conversión del oyente. El diálogo evangelizador es el mismo anuncio de la Palabra con la modalidad interrelacional y verbal. La proclamación del mensaje evangélico es indispensable (EN 42), pero la actitud de escucha y de comunicación respetuosa forman parte de esa proclamación. La actividad evangelizadora de la Iglesia y de todo cristiano no se puede limitar a un discernimiento de los valores cristianos implícitamente contenidos en otras religiones para respetarlos y profundizarlos, debe continuarse mediante el testimonio (con palabras y obras) del evangelio.

Pablo VI, en la Encíclica *Ecclesiam suam*<sup>6</sup>, especifica cómo ha de ser la característica dialogante de la misión salvífica de la Iglesia. Desde la publicación en 1964 de la mencionada encíclica, la doctrina y praxis del diálogo interreligioso ha sido recogida y expresada con mayor o menor extensión —a veces monográficamente— en siete documentos del Vaticano II<sup>7</sup>, veinte del magisterio solemne<sup>8</sup> de Pablo VI y Juan Pablo II. Tam-

---

<sup>6</sup> Pablo VI, *Ecclesiam suam* (ES) n. 80, en *El diálogo según la mente de Pablo VI. Comentarios a la "Ecclesiam suam"* (BAC; Madrid, La Editorial Católica, 1965). En adelante, las citas de la encíclica se harán de acuerdo con esta edición.

<sup>7</sup> Cf. NA 1-5; LG 1, 13, 16, 17, 48; DV 25; AA 27; DH 2-4; AG 3, 7-11, 13, 15, 16, 18, 21-22, 26, 34, 38, 40-41; GS 22, 42, 45, 57-58, 73, 76 y 92.

<sup>8</sup> Los documentos del magisterio solemne de Pablo VI son: Carta apostólica *Spiritus Paracliti*, 30 de abril 1964 (SP) nn. 4-5; Carta apostólica *Progrediente Concilio*, 19 de mayo 1964: AAS 56 (1964) 560; Encíclica *Ecclesiam suam*, 6 de agosto 1964 (ES) nn. 54-111; Exhortación apostólica *Postrema sessio*, 4 de noviembre 1965 (PS) n. 4; Constitución apostólica *Paenitemini*, 17 de febrero 1966; Encíclica *Populorum progres-*



bién viene reflejada en cerca de trescientos documentos del magisterio ordinario de ambos pontífices. A todos estos documentos y discursos hay que sumar otros doce que proceden de diferentes organismos de la curia romana. Entre ellos merecen particular mención los titulados: *La actitud de la Iglesia frente a los seguidores de otras religiones. Reflexiones y orientaciones sobre el diálogo y la misión*<sup>9</sup>; *Diálogo y anuncio* y, finalmente, *El cristianismo y las religiones*<sup>10</sup>.

### 3. Naturaleza del diálogo: preparación catequética

Diálogo quiere decir encuentro; palabra y escucha; enseñar y aprender; enriquecimiento mutuo, maduración y crecimiento recíproco que engendran y robustecen la comunión interpersonal. Éstos son los elementos constitutivos de todo verdadero diálogo y, como puede desprenderse, indican no solamente el coloquio, sino también el conjunto de relaciones interreligiosas y humanas, positivas y constructivas, con personas y

---

sio, 26 de marzo 1967 (PP) nn. 73 y 82; Constitución apostólica *Regimini Ecclesiae universae*, 15 de agosto 1967 (RE) nn. 96-100; Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 8 de diciembre 1975 (EN) nn. 20, 53, 75, 78-80.

Los documentos del magisterio de Juan Pablo II son los siguientes: Encíclica *Redemptor hominis*, 4 de marzo 1979 (RH) nn. 6 y 11; Exhortación apostólica *Familiaris consortio*, 22 de noviembre 1981 (FC) nn. 64 y 78; Carta apostólica *Redemptionis anno*, 20 de abril 1984; Encíclica *Dominum et vivificantem*, 18 de mayo 1986 (DV) n. 53; Encíclica *Sollicitudo rei socialis*, 30 de diciembre 1987 (SRC) n. 47; Exhortación apostólica *Christifideles laici*, 30 de diciembre 1988 (ChL) n. 53; Encíclica *Redemptoris missio*, 7 de diciembre 1990, nn. 28-29, 55-57; *Catecismo de la Iglesia Católica* (aprobado el 25 de junio y publicado el 11 de octubre de 1992) (CEC) nn. 27, 28, 39, 839, 841-848, 856, 1149, 2104, 2569; Encíclica *Veritatis splendor*, 6 de agosto 1993 (VS) n. 94; Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, 10 de noviembre 1994 (TMA) nn. 53, 55, 60; Carta encíclica *Ut unum sint*, 25 de mayo 1995 (UUS) n. 33; Exhortación apostólica *Ecclesia in Africa*, 14 de septiembre 1995 (EiA) nn. 65-67; Exhortación postsinodal *Vita consecrata*, 25 de marzo 1996 (VC) n. 102.

<sup>9</sup> Cf. Documento del Secretariado para los no cristianos (Roma, 10 de mayo 1984), en *L'Osservatore Romano*, 11-12 junio (usaremos la sigla DM). Cf. F. Gioia, *o. c.*, 642-659.

<sup>10</sup> Preparado por la Comisión Teológica Internacional, el texto fue aprobado el 30 de septiembre 1996. Más tarde el cardenal J. Ratzinger autorizó su publicación. Véase "Il cristianesimo e le religioni" (usaremos la sigla CR): *La Civiltà Cattolica* 148 (1997/1) 146-183. Cf. J. Morales, "Cristianismo y Religiones": *Scripta Theologica* 30 (1998) 405-438.

comunidades de otras creencias para un mutuo conocimiento y un enriquecimiento recíproco sin renunciar a las propias convicciones.

Hay tres razones teológicas donde asentar la necesidad del diálogo y la conveniencia de la preparación catequética para esta tarea. La primera es la búsqueda de la presencia universal del Espíritu, cuyas "semillas y destellos se encuentran en las personas y en las tradiciones religiosas de la humanidad" (RM 56). Por eso, la Iglesia promueve el diálogo, ya que lo considera, "en razón de su fe", como la prolongación del diálogo de salvación abierto espontáneamente por Dios con la humanidad<sup>11</sup> y actuado por él en el curso de la historia.

El diálogo del cristiano con los fieles de otras religiones, a la luz de la fe, *nace directamente del amor y tiende al amor*<sup>12</sup>. El diálogo no es solamente una exigencia del respeto a la libertad del otro; es, además, una exigencia del respeto por los caminos misteriosos que Dios ha abierto en la historia de los hombres. Fuera de la Iglesia visible, el Espíritu de Dios está también obrando en el corazón de los hombres que buscan la salvación en la fidelidad a sus propias tradiciones religiosas. Debemos, pues, respetar el destino espiritual de cada ser humano, que puede corresponder a su vocación eterna delante de Dios<sup>13</sup>.

Otra razón teológica del diálogo interreligioso se encuentra en la unidad de la familia humana: su origen, finalidad y la salvación universal obrada por Cristo, salvador de todos<sup>14</sup>. A partir de esa fe, el cristiano

---

<sup>11</sup> "La Iglesia reconoce en las otras religiones la búsqueda, 'todavía en sombras y bajo imágenes', del Dios desconocido pero próximo ya que es Él quien da a todos vida, el aliento y todas las cosas y quiere que todos los hombres se salven" (CEC 843). "El Padre quiso convocar a toda la humanidad en la Iglesia de su Hijo para reunir de nuevo a todos sus hijos que el pecado había dispersado y extraviado. La Iglesia es el lugar donde la humanidad debe volver a encontrar su unidad y su salvación. Ella es el mundo reconciliado..." (CEC 845).

<sup>12</sup> El amor, decía Juan Pablo II en Chicago, es la fuerza que da origen al diálogo en el que nos escuchamos unos a otros y aprendemos unos de otros" (Cf. "Acta Ioannis Pauli Pp. II": AAS 71 [1979] 1234).

<sup>13</sup> Cf. C. Geffré, *Le christianisme au risque de l'interprétation* (Paris 1983) 211-228; 289-311.

<sup>14</sup> "El vínculo de la Iglesia con las religiones no cristianas es en primer lugar el del origen y el del fin comunes del género humano" (CEC 842). "Todos los pueblos forman una única comunidad y tienen un mismo origen, puesto que Dios hizo habitar a todo el género humano sobre la entera faz de la tierra; tienen también un único fin último, Dios, cuya providencia, testimonio de bondad y designios de salvación se

descubre que el Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo, sigue presente de modo activo en "la historia, pueblos, culturas y religiones" (RM 28).

Finalmente, recordando las palabras de TMA 53, en la encarnación de Jesucristo se halla la culminación definitiva del anhelo religioso de toda la humanidad. Es precisamente el cumplimiento en Cristo lo que permite esta actitud de apertura y valoración de todo lo bueno, noble y justo. Sólo desde la fe en la Palabra hecha carne se hace posible comprender y amar todo destello de la Verdad que pueda hallarse en los grandes sistemas religiosos.

La posibilidad de un diálogo religioso sincero, de un aprecio y una comprensión verdadera de lo bueno de toda religión, es signo de la presencia verdaderamente universal de aquel en quien todo esfuerzo humano encuentra su verdad plena, y que sólo puede ser Dios mismo. El acontecimiento de la encarnación es, en última instancia, la causa que posibilita el diálogo universal<sup>15</sup>.

Por consiguiente, tanto teológica como pastoralmente, el diálogo no se basa en oportunismos tácticos o interesados, "sino que es una actitud con motivaciones, exigencias y dignidad propias; exigido por el profundo respeto hacia todo lo que en el hombre ha obrado el Espíritu" (RM 56). Este diálogo no es sólo una invitación genérica y no vinculante. Al contrario, es una indicación pastoral precisa: sería contradictorio afirmar que la presencia de Cristo salva todo destello de verdad y de bien presente en la experiencia del hombre y, al mismo tiempo, no tomar en serio los interrogantes planteados por las grandes tradiciones religiosas de la humanidad<sup>16</sup>.

---

extienden a todos hasta que los elegidos se unan en la Ciudad Santa" (NA 1).

<sup>15</sup> Esta posición de Juan Pablo II, marcada por el Vaticano II, retomada por Pablo VI en EN 53 y expuesta ampliamente en RM 4-11, 28-29, 55-56, se corresponde con lo que se ha venido en llamar "posición inclusivista", frente a la "exclusivista" y a la "pluralista" o "relativista" (cf. A. Amato, "Tertio millennio adveniente. Comentario teológico-pastoral", en *Jesucristo, centro de la historia de la salvación y de la vida de la Iglesia* [Salamanca, Sígueme, 1995] 144-145; F. Arinze, "Año Santo: una provocación para superar las divisiones y la indiferencia", en *ibíd.*, 250-252).

<sup>16</sup> Cf. A. Carrasco, "La carta apostólica 'Tertio millennio adveniente' en el contexto de la pastoral evangelizadora de la Iglesia": *Actualidad Catequética* 169 (1996) 61-62.

a) Método o estilo del diálogo.

¿Cómo debe ser el estilo del diálogo? Ante todo, debe asemejarse al diálogo salvífico realizado por Dios: obedece a exigencias prácticas; selecciona y escoge medios adecuados; no se aferra a expresiones inmóviles cuando éstas han perdido la capacidad de hablar y mover a los hombres. Esto plantea un gran problema: el de la conexión de la misión de la Iglesia con la vida de los hombres en un determinado tiempo, en un determinado sitio, con una determinada cultura y con una determinada situación social (ES 79).

¿Acaso no son éstas las notas metodológicas que debe tener en cuenta el catequista en su ministerio? ¿Será, quizá, que la catequesis debe plantearse en términos de diálogo? Por supuesto. Pero debe hacerlo usando el estilo y método seguido por Jesús de Nazaret en su actividad apostólica.

Esta forma de relación denota un propósito de corrección, de estima, de simpatía y de bondad por parte del que la establece. Excluye la condenación apriorística, la polémica ofensiva y habitual, la futilidad de la conversación inútil. Si bien no mira a obtener inmediatamente la conversión del interlocutor, ya que respeta su dignidad y su libertad, mira, sin embargo, al provecho de éste, y quisiera disponerlo a una comunión más plena de sentimientos y convicciones (ES 73).

El diálogo, por consiguiente, supone un estado de ánimo en nosotros, los que pretendemos introducirlo y alimentarlo con cuantos nos rodean; el estado de ánimo de quien siente dentro de sí el peso del mandato apostólico, de quien advierte que no puede ya separar la propia salvación de la búsqueda de la de los demás, de quien se afana continuamente por colocar el mensaje del que es depositario en la corriente del pensamiento humano (ES 74).

Este diálogo no puede entenderse ni entablarse sino a partir de *una actitud espiritual que tiene las siguientes características*: 1ª. Exposición espontánea y libre de las propias creencias y experiencias religiosas, para ayudar a comprenderlas y respetarlas. 2ª. Escucha atenta y respetuosa de las creencias y experiencias de los demás, sin ánimo de rechazarlas o infravalorarlas. 3ª. Actitud de comprensión hacia los "valores espirituales y morales" (ES 101) que se encuentran en las creencias de los demás. 4ª. Fidelidad a las propias creencias y experiencias religiosas como un don de Dios que ha sido concedido también para compartirlo con los hermanos. 5ª. Apertura a las nuevas luces que Dios pueda dar por medio de este

diálogo interreligioso y, consiguientemente, la capacidad de intuir el "misterio" de Dios.

Para llevar a cabo todas estas características son necesarias las siguientes actitudes:

– La *claridad*: el diálogo supone y exige la inteligibilidad. Nuestro pensamiento debe ser claro y preciso. Huyamos de toda exageración. Esto debería estimular nuestra diligencia apostólica a la hora de revisar las formas de nuestro lenguaje para ver si es comprensible, si es popular, si es escogido<sup>17</sup>.

– La *afabilidad* en el trato, es decir, suavidad y dulzura. Es recomendable que, antes de entrar en el fondo del asunto, se muestre al interlocutor el respeto y estima en que se le tiene y se elogie discretamente su buena disposición. No hay mejor modo de comenzar que con una palabra amable; y no permitir que en el transcurso del diálogo aparezca la expresión ruda de la posible discrepancia<sup>18</sup>.

– La *confianza*, tanto en el valor de la propia palabra como en la disposición del interlocutor para acogerla. La confianza promueve la familiaridad y la amistad, entrelaza los espíritus en una mutua adhesión a un Bien que excluye todo fin egoísta (ES 75).

– La *prudencia pedagógica* es la cuarta actitud. Prudencia que tiene muy en cuenta las condiciones psicológicas y morales del que oye (sea un niño, una persona no cultivada, desconfiada u hostil), y se esfuerza por conocer su realidad y por adaptarse (ES 75)<sup>19</sup>.

Cuando el diálogo se conduce por estos cauces, se realiza la unión de la verdad con la caridad, de la inteligencia con el amor. La dialéctica de

<sup>17</sup> "La claridad, ante todo. El diálogo supone y exige capacidad de comprensión, es un trasvase de pensamiento, es una invitación al ejercicio de las facultades superiores del hombre. Bastaría esta razón para clasificarlo entre los mejores fenómenos de la actividad y de la cultura humana. Y basta esta su inicial exigencia para estimular nuestra solicitud apostólica a fin de revisar todas las formas de nuestro lenguaje: si es comprensible, si popular, si escogido" (ES 75).

<sup>18</sup> "Otro carácter es además la *mansedumbre*, la que Cristo nos propuso aprender de Él mismo: 'Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón' (Mt 11,29). El diálogo no es orgulloso, no es hiriente, no es ofensivo. Su autoridad es intrínseca por la verdad que expone, por la caridad que difunde, por el ejemplo que da. No es orden, no es imposición. Es pacífico; evita los modos violentos; es paciente; es generoso" (ES 75).

<sup>19</sup> Cf. Mons. A. Herrera, "El diálogo", en *El diálogo según la mente de Pablo VI. Comentarios a la "Ecclesiam suam"*, o. c., 315-341.

este ejercicio de pensamiento y de paciencia nos hará descubrir elementos de verdad, aun en las opiniones ajenas; nos obligará a expresar con gran alegría nuestra creencia y nos dará mérito por el trabajo de haberla expuesto a las objeciones y a la lenta asimilación de los otros. Sin embargo, y aun antes de hablar, es necesario oír el corazón y la voz del hombre; comprenderlo y respetarlo en la medida de lo posible y, cuando lo merezca, secundarlo. Hace falta hacerse hermano de los hombres. El clima del diálogo es la amistad y el servicio (ES 76-77).

¿Puede establecerse un orden operativo? Siempre se ha hablado de una metodología a realizar en tres fases: 1ª. Intercambio de informaciones: exponer las propias perspectivas, aprendiendo del otro e instruyendo al otro. Este intercambio disipa malentendidos y sospechas; hace renunciar a esquemas demasiado sumarios; revela la realidad vivida por el otro y enriquece espiritualmente la vida del interlocutor. Esto lleva a reunirse, no a confundirse. 2ª. Se centra en aquello que se tiene en común: estudiar juntos, orar juntos. Es un estadio difícil. No es tan fácil vivir juntos las cosas que son comunes. 3ª. Consiste en reconocer y respetar lo que se tiene de diverso. No debemos caer en el falso irenismo, aunque no debemos insistir continuamente en las diferencias.

#### b) Formas del diálogo:

De acuerdo con el documento *El diálogo y la misión*, el diálogo reviste varias formas según el contexto en el que deba realizarse:

- *Diálogo de la vida y en la vida cotidiana*<sup>20</sup>.
- *Diálogo de las obras y de la colaboración* en proyectos de carácter humanitario, social, económico y político que tiendan a la liberación y promoción del hombre. Esto se realiza en las organizaciones locales,

---

<sup>20</sup> "El diálogo es ante todo un estilo de acción, una actitud y un espíritu que guía la conducta. Implica atención, respeto y acogida del otro, a quien se reconoce y otorga espacio para su identidad personal, sus expresiones y valores. Tal diálogo es la norma y el estilo necesario de toda la misión cristiana y de cada parte de ella, ya se trate de la simple presencia y testimonio, del servicio o del mismo anuncio directo. Una misión que no estuviera permeada por el espíritu dialogal iría contra las exigencias de la verdadera humanidad y contra las indicaciones del Evangelio" (DM 29). "Todo discípulo de Cristo, en virtud de su vocación humana y cristiana, está llamado a vivir el diálogo en su vida diaria, sea que se halle en una situación de mayoría o en condición de minoría. Debe infundir el sabor evangélico en todo ambiente en que vive y opera: en el familiar, social, educativo, artístico, económico, político, etc." (DM 30).

nacionales e internacionales, donde los cristianos y los fieles de otras religiones afrontan conjuntamente los problemas del mundo. Los complejos problemas del mundo, relativos a la vida y dignidad del hombre, se resolverían más fácilmente si los fieles de las diversas religiones unieran su extraordinaria fuerza moral (DM 31-32).

– *Diálogo de la experiencia religiosa*: éste es más profundo. Surge cuando los seguidores de las religiones comparten experiencias de oración y contemplación, de fe y compromiso, las expresiones y caminos de búsqueda del Absoluto. Este tipo de diálogo es un enriquecimiento mutuo y una cooperación fecunda en la promoción de los valores e ideales espirituales del hombre. Pero exige una gran humildad y confianza en Dios, "que es más grande que nuestro corazón" (DM 35).

– *Diálogo en nivel de expertos*: "Ya sea para confrontar y profundizar y enriquecer los propios patrimonios religiosos, ya sea para aplicar las reservas a los problemas que se plantea la humanidad en la historia... Este diálogo se realiza más fácilmente en las sociedades pluralistas, donde coexisten y, a veces, se enfrentan tradiciones e ideologías diversas" (DM 33). En este diálogo, los interlocutores conocen y aprecian recíprocamente los valores espirituales y las categorías culturales del otro, promoviendo la comunión y la hermandad entre los hombres (NA 1). Con este tipo de diálogo, el cristianismo colabora en la transformación evangélica de las culturas (DM 34).

– *Diálogo oficial entre autoridades religiosas*: tiene un valor simbólico y promueve normalmente las otras formas de diálogo. Este diálogo se realiza, por ejemplo, en los viajes del papa, alcanzando a veces formas espectaculares. Ejemplo de ello fue la visita a Marruecos en 1985, cuando habló a 80.000 jóvenes musulmanes. Con más frecuencia se realiza en el plano local, con visitas recíprocas entre jefes y representantes de las diversas religiones.

## II. LA CATEQUESIS EN EL CONTEXTO DE OTRAS RELIGIONES

En 1993, la Congregación para la Evangelización de los Pueblos publicaba una *Guta para catequistas*<sup>21</sup>. El documento está en estrecha

---

<sup>21</sup> Cf. Congregación para la Evangelización de los Pueblos, *Documento di orientamento in vista della vocazione, della formazione e della promozione dei catechisti nei*

sintonía con el pensamiento expresado en los números del DGC dedicados a este tema: "El diálogo interreligioso es una parte de la misión evangelizadora de la Iglesia. El anuncio y el diálogo, de hecho, van orientados hacia la comunicación de la verdad salvífica... También los catequistas, cuya actividad prioritaria en la misión es el anuncio, deben estar abiertos, preparados y empeñados en este tipo de diálogo. Por tanto, deben ser ayudados a comprender su valor y a ponerlo en obra", teniendo en cuenta las indicaciones del DGC y otros documentos importantes y clarificadores del magisterio de los que ya hemos hecho mención.

### 1. *Aprendizaje para catequistas y catequizandos*

Es evidente que el catequista, sea sacerdote, religioso/a o laico/a, debe tener en cuenta el contexto humano religioso en el que viven y deben dar testimonio él/ella y sus catequizandos. Se trata de profundizar en la educación cristiana, personal y comunitaria, para que la fe venga reinterpretada y después nuevamente expresada en la fidelidad más intransigente a su contenido específico.

Ante este reto, el catequista tiene el derecho, y también el deber, de recibir una formación más profunda y, al mismo tiempo, una información más documentada. Por su parte, el catequizando merece recibir de aquél las afirmaciones justificadas, pero simples y claras, y también de aprender de él los comportamientos y las actitudes que expresan profundamente su "ser cristiano".

Junto a todo esto, existe un conjunto de principios generales para catequistas y catequizandos que es oportuno indicar antes de entrar en la particularidad de sus aplicaciones:

a) Para apreciar y entender mejor a los creyentes de otras religiones, los cristianos debieran ser educados desde los primeros años de catequesis en *la benevolencia de la inteligencia* y en *la generosidad del corazón*. La historia muestra la deficiencia de esta preparación en las relaciones con los musulmanes, con quienes ha habido tantas y tan agudas polémicas, producto de prejuicios, errores, malentendidos y conflictos.

b) También sería oportuno insistir más en el *patrimonio común* que viene compartido por una gran mayoría de la humanidad, en cuanto hace



referencia a las verdades de la fe y los valores de la vida, en vez de hacerlo sólo sobre las diferencias. Esto es lo que hizo el Vaticano II en su declaración *Nostra aetate* sobre las "relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas". De ese modo se podrá descubrir que musulmanes, judíos, budistas e hinduistas, subjetivamente, poseen una experiencia religiosa, desarrollan sentimientos espirituales y expresan comportamientos morales que corresponden a todo lo que viven desde hace siglos. ¿No podrían, quizá, estas analogías ser consideradas como convergencias religiosas posibles, aun manteniendo la obligación de la autenticidad y de fidelidad, para unos y otros, y también la irrenunciable diferencia, a sus respectivas tradiciones religiosas?

c) Después de esta etapa de la *semejanza parcial*, la cual se revela ante todo en la subjetividad de la experiencia de los creyentes, el catequizando accedería de modo más preciso al misterio de su *desemejanza fundamental*, precisamente allí donde él no es un simple creyente como hebreos, musulmanes o hinduistas, sino un "cristiano" que se encuentra invitado dramáticamente a imitar en todo a su único modelo, Jesucristo, para ser cada vez más conforme a él y, por consiguiente, para testimoniar mejor su evangelio. Lo paradójico es que, durante demasiado tiempo, la catequesis — incluso la preparatoria para el diálogo con otras religiones — ha subrayado únicamente lo que diferencia al cristiano de todos los otros creyentes.

Para decirlo brevemente: el cristiano no es "cristiano" porque crea en el Dios creador, juez futuro de vivos y muertos; porque acepte el modelo y mensaje de los profetas; porque exprese la unicidad de Dios; rece, haga limosna o cumpla alguna peregrinación. Los musulmanes y los hebreos hacen lo mismo, y muy bien. Esto constituye el "patrimonio común" de todos los monoteístas. Donde el cristiano se encuentra verdaderamente diferente es precisamente cuando acepta llamar a Dios "Padre"; cuando imita al Hijo perfecto que se hizo hombre, y vive en el Espíritu Santo, que le garantiza el desarrollar esta vida, totalmente diferente, donde el amor a los enemigos, la muerte redentora y la resurrección constituyen los elementos esenciales del "destino cristiano". Éstos serían los puntos más sobresalientes que toda catequesis debería acentuar y desarrollar.

Para realizar adecuadamente estas etapas pedagógicas, donde se afirman las semejanzas y se descubren las diferencias, y teniendo en cuenta la vocación y gratuidad de la existencia cristiana, la catequesis tendría que recordar incesantemente *los valores de trascendencia divina*

*y de humildad humana, de sumisión y abandono del hombre creyente, de responsabilidad personal y de autonomía moral de la persona*, a fin de que el cristiano se sienta y se sepa solidario con los otros creyentes para después vivir estos valores con ellos. De ese modo se evitaría el "falso orgullo" de ser cristiano.

Pero aún hay más: la catequesis debe recordar que su objetivo es llevar al cristiano hacia un nivel más profundo, para descubrir finalmente tanto la riqueza interior del Dios único, Padre, Hijo y Espíritu, como las maravillas de la inmanencia de la gracia, que transforma totalmente las condiciones de las criaturas humanas.

Por consiguiente, los cristianos que viven en diálogo con otros creyentes necesitan que la catequesis les motive e invite constantemente a *vivir una profunda emulación espiritual* con sus interlocutores en el nivel de los valores religiosos que parecen compartir, pero también y contemporáneamente, a *diferenciarse humilde e intransigentemente* de ellos, pues los misterios de la Trinidad, la encarnación y la redención deben ser vividos como realidades trascendentes que transforman el ser cristiano en sus más profundas dimensiones.

## 2. *Consideraciones a tener en cuenta en esta catequesis*

La catequesis en un espacio de convivencia con otra u otras religiones (y ahora todos los espacios lo son) debiera garantizar, tanto al catequista como al catequizando, una *verdadera información, abierta y de simpatía*, de las religiones, tal como son vividas por sus adeptos; de sus valores religiosos fundamentales y también de la particular visión que esas religiones tienen del cristianismo y de los cristianos. Más tarde, la catequesis debiera tener en cuenta que *debe insistir sobre algunos artículos del Credo, sobre algunos aspectos importantes del culto litúrgico y sobre varios capítulos decisivos de la doctrina cristiana*. Finalmente, sería conveniente que el catequizando descubriera cuáles son las *colaboraciones humanas inevitables y las convergencias religiosas deseables* que la coexistencia y el diálogo permiten en total coherencia con el mensaje evangélico.

### a) *Conocimiento de las religiones del entorno vital.*

Ya hemos indicado anteriormente la triple función que debe desarrollar la catequesis, como preparación del cristiano para la misión, y el

desarrollo de la misma en espacios de convivencia interreligiosa (cf. nota 4; DGC 200).

La catequesis no puede ignorar las religiones que comparten su entorno vital. Aunque *Catechesi tradendae* no habla del diálogo, sí lo hace sobre la relación entre catequesis y culturas. Basta retomar los mismos principios para que, a poco que nos esforcemos, podamos extrapolar los principales instrumentos del diálogo entre catequesis y cultura para referenciarlos al diálogo catequesis-religiones<sup>22</sup>.

– *Conocer las religiones y sus componentes esenciales*: para encontrar los *semina Verbi* predestinados por la Providencia para la edificación de la verdad, es necesario un estudio paciente y profundo a fin de evitar toda forma de superficialidad, subjetivismo o improvisación. La catequesis debe ser, por tanto, precedida de un atento estudio que penetre en las profundidades de las religiones para saborear las riquezas vitales y los contenidos de revelación.

– *Aprender las expresiones más significativas*: entre catequesis y religiones debe nacer un diálogo sincero y comprensivo, de forma que sea posible absorber, según la economía de la encarnación, todas las riquezas de creencias, tradiciones, ritos y expresiones. Si la catequesis quiere ser verdaderamente eficaz debe intentar que nada se pierda de cuanto de bueno se encuentra sembrado en el corazón de las religiones. La evangelización y la catequesis no pueden olvidarse de aquellas expresiones a las que los hombres con los que se dialoga están particularmente unidos.

– *Respetar los valores y las riquezas particulares*: los hijos de la Iglesia no sólo deben conocer bien las tradiciones nacionales y religiosas de los otros, sino que también han de estar prontos a respetar los gérmenes del Verbo que en ellas se esconden. Por ejemplo, se debería evitar considerar sistemáticamente como erróneas las formas de religiosidad ajenas sólo por el hecho de que no son cristianas. La catequesis debe estar abierta a todo lo que haya de válido y de útil en las religiones de los otros, esforzándose por descubrir a Dios escondido en todo aquello que es auténticamente humano. Sólo así se abre el espacio a una colaboración purificadora y constructiva sin exclusiones preestablecidas, sin sospechas y sin limitaciones a la acción del Espíritu.

---

<sup>22</sup> Cf. S. Lourdasamy, "Incarnazione del Messaggio evangelico nelle culture dei vari popoli", en *Andate e insegnate. Commento all' Esortazione Apostolica "Catechesi Tradendae" di Giovanni Paolo II* (Bologna, Ed. Missionaria Italiana, 1980) 519-540.

b) Saber quiénes son y qué desean ser los "interlocutores creyentes".

Antes de introducirnos en el desarrollo de este amplio campo, creo conveniente indicar que es necesario un previo diálogo interior de cada persona y grupo catequético con sus raíces culturales religiosas para esclarecer la propia identidad cristiana y para inculcar conscientemente la fe. Toda forma de diálogo tiene consecuencias culturales. No hay religión que no haya sido influenciada por la cultura y viceversa. Por tanto, no hay diálogo interreligioso válido que no sea al mismo tiempo diálogo intercultural o que no tenga en cuenta la dimensión cultural. De ahí la importancia de desarrollar un diálogo interreligioso situado en un contexto particular en el que serán muy valiosas las aportaciones y visiones que los creyentes de las otras religiones tienen sobre nosotros, así como la imagen que nosotros tenemos de ellos.

Sería deseable que el catequista hubiera estudiado un poco la historia de las relaciones con esa determinada religión; aun más, que hubiera reflexionado sobre las causas y consecuencias de los malentendidos y conflictos. Mediante una especial información, lo más rigurosamente científica posible, el catequista estará al corriente del contenido exacto de las creencias religiosas y de las exigencias morales de dichos interlocutores, para que así pueda sintetizarlas ante su grupo de catequesis.

En este contexto de información-formación, y en nombre del realismo exigido por el mismo diálogo, el catequista debería *explicar a sus catequizandos lo que los no cristianos piensan y dicen del cristianismo y de los cristianos*. Cuando haya explicado ampliamente por qué ellos entienden que los cristianos han falsificado la Escritura; por qué consideran que los misterios cristianos son inaceptables, irracionales o inútiles; por qué piensan que el monoteísmo cristiano está "manchado de un sutil politeísmo"; por qué ven la Iglesia sólo como una potencia terrestre y profana o por qué creen que los cristianos han sido infieles al mensaje de Jesús, entonces este catequista estará en grado de comenzar la *instrucción específica*, poniendo especial énfasis en que los catequizandos profundizen en los *puntos más sobresalientes de la fe*.

Una exigencia más: convendría que el catequista tuviera una cierta idea, por lo menos sumaria, de las varias tendencias actuales de la teología cristiana en la valoración de las religiones, y en especial de aquellas que están más cerca de nosotros: islam y judaísmo. Consecuentemente, a través de esta información y reflexión, el catequista podrá ayudar

a sus catequizandos a *liberarse de los más notables prejuicios en las relaciones* con los no cristianos.

Gracias al camino recorrido por el catequista, los catequizandos podrán ser educados en la valoración positiva de la experiencia religiosa de los creyentes no cristianos hasta llegar a habituarse a hablar con respeto y simpatía de ellos. Consecuentemente, se irán capacitando para decir la palabra oportuna y adecuada, desde el punto de vista cristiano y en el espíritu del diálogo, al hablar con "sus amigos" de las realidades que están en el centro mismo de la fe de éstos.

c) Qué imagen y experiencia tienen de Dios y del hombre.

Es muy difícil compartir y dialogar sobre las distintas creencias si antes no quedan fijados unos postulados concretos. Para lograrlo, y para que desde el principio el diálogo pueda realizarse sobre bases seguras, sería conveniente que los interlocutores iniciaran su relación fijando qué entienden y qué significa para ellos la "realidad Dios" y la "realidad hombre". A este fin ayudará enormemente que antes la catequesis haya dado la importancia que se merece a estas dos realidades. Siguiendo el ejemplo de la pregunta de Jesús ¿quién dice la gente... y quién decís que soy yo?, el catequista debe preparar a sus catequizandos con la misma pregunta: ¿quién es Dios... quién es el hombre para ti? Sólo después de una respuesta personalizada, el catequizando estará un poco más preparado para adentrarse en este espacio relacional<sup>23</sup>.

---

<sup>23</sup> "Tanto si estos diálogos acontecen entre especialistas como si se desarrollan en la vida cotidiana, con las palabras o los comportamientos, implican no sólo a las personas que dialogan, sino también, y en primer lugar, al Dios que profesan: el diálogo interreligioso como tal comporta tres participantes. Por tanto, el cristiano viene interpelado por dos cuestiones fundamentales, de lo que depende el sentido del diálogo mismo: el sentido de Dios y el sentido del hombre" (CR 106). La sección previa a las conclusiones nos muestra una interesante metodología del diálogo. Son indicaciones generales. No enumera vías o caminos para desarrollar el diálogo, sino que procura indicar la importancia de las intenciones en el ánimo o en los presupuestos religiosos, no formulados, de los participantes. En el diálogo interreligioso han de tenerse en cuenta el sentido de Dios y el sentido del hombre que obra en los interlocutores. Se trata de aclarar los puntos de partida más decisivos para que pueda producirse un verdadero encuentro espiritual. La ambigüedad de un lenguaje aparentemente común puede sugerir aproximaciones y sintonías que no existen en realidad.

\* *El sentido de Dios*: la apertura a una percepción creciente del misterio de Dios es esencial para que el diálogo se encamine por derroteros adecuados. Sin embargo, para que se realice tal apreciación, es necesario que antes cada uno de los participantes en el diálogo se exprese según su personal y creyente sentido de Dios. Esta apertura confesante llevará implícito el cuestionamiento de la confesión de fe del otro, a quien dirigirá la pregunta ¿cómo es tu Dios? Ante semejante pregunta, el cristiano no podrá responder, escuchar ni comprender al otro, si previamente no se ha formulado en su foro interno la misma cuestión. De ahí la exigencia y necesidad de que la catequesis establezca y enfatice algunos elementos de discernimiento para que los catequizandos no caigan en un diálogo cuya base teo-lógica pase desapercibida (CR 107).

¿Cuáles son estos puntos comunes de discernimiento sobre el sentido de Dios? El documento *El cristianismo y las religiones* los especifica.

¿Se habla de la divinidad como un valor trascendente absoluto? ¿Se trata de una realidad impersonal o de un Ser personal? La trascendencia de Dios ¿significa que él es un mito atemporal o que tal trascendencia es compatible con la acción divina en favor de los hombres en la historia? ¿Se conoce a Dios sólo mediante la razón pura o puede también ser conocido mediante la fe nacida de una revelación a los hombres? Puesto que una "religión" es una cierta relación entre Dios y el hombre, ¿expresa esa religión un "Dios a imagen del hombre" o, por el contrario, implica que "el hombre es a imagen de Dios"? Si se admite, como exigencia de la razón, que Dios es único, ¿qué significa profesar que es Uno? Un Dios monopersonal puede ser aceptado por la razón, pero sólo en la revelación realizada en Cristo el misterio de Dios puede ser asumido por fe como Uni-Trinidad consustancial e indivisible.

Este discernimiento es fundamental por las consecuencias que se derivan para la antropología y sociología inherentes a toda religión. La religión reconoce atributos especiales en la divinidad. No obstante, para comprender la coherencia doctrinal de cada religión y para superar la ambigüedad de un lenguaje aparentemente común, es necesario comprender el eje en torno al que se articulan tales atributos. Para lograrlo, la catequesis debe aportar al catequizando la enseñanza del vocabulario bíblico, cuyo eje es la alianza entre Dios y el hombre, tal y como se ha cumplido en Cristo. Pero no basta: el vocabulario bíblico debe ser enriquecido con un vocabulario específicamente "teológico", tributario de la cultura y de la filosofía implícita de cada participante en el diálogo.

\* *El sentido del hombre*: en el diálogo interreligioso aparece también una antropología implícita. Dos son las razones: primera, el diálogo pone en comunicación a dos personas, cada una de las cuales es el sujeto de su palabra y comportamiento. Segunda, cuando dialogan creyentes de diversas religiones se produce algo mucho más profundo que la simple comunicación verbal: se realiza un encuentro entre seres humanos, cada uno de los cuales arrastra al diálogo el peso de su propia condición y cultura humana (CR 109).

En un diálogo interreligioso, ¿tienen los interlocutores la misma concepción de la persona? La cuestión no es teórica ni abstracta. El interlocutor cristiano cree que la persona ha sido creada "a imagen de Dios" y, por ello, esencialmente relacional y capaz de apertura "al otro". Los interlocutores ¿son concientes del misterio de la persona y del misterio de Dios, que está "más allá" de todo? También el cristiano debe hacerse esta pregunta: ¿desde qué universo mental habla cuando dialoga? En el diálogo interreligioso, más que en cualquier otra relación interpersonal, está implicada la relación de toda persona con el Dios vivo (CR 110).

Llegados a este punto, surge de inmediato la importancia de la oración en el diálogo. La oración, como relación viva y personal con Dios, es el acto mismo de la virtud de la religión y encuentra expresión en todas las religiones. El cristiano sabe que Dios llama<sup>24</sup> al misterioso encuentro en la oración. Si Dios no puede ser mejor conocido que cuando él mismo toma la iniciativa de revelarse, la oración aparece como absolutamente necesaria porque coloca al hombre en situación de recibir la gracia de la revelación<sup>25</sup>. En la medida en que el cristiano viva el diálogo con espíritu de oración, será dócil a la moción del Espíritu que actúa en el corazón de los dos interlocutores. Por consiguiente, viviendo en esa actitud, el diálogo se convierte en algo más que un intercambio: se convierte en encuentro (CR 111).

---

<sup>24</sup> Cf. "El hombre busca a Dios. Por la creación Dios llama a todo ser... Todas las religiones dan testimonio de esta búsqueda esencial de los hombres" (CEC 2566). "Dios es quien primero llama al hombre... el Dios vivo y verdadero llama incansablemente a cada persona al encuentro misterioso de la oración. Esta iniciativa de amor del Dios fiel es siempre lo primero en la oración" (n. 2567).

<sup>25</sup> En la búsqueda común de la verdad que debe motivar el diálogo interreligioso, se da "una correlación entre oración y diálogo. Una oración más profunda y consciente hace el diálogo más rico en frutos. Si por una parte la oración es la condición para el diálogo, por otra llega a ser, de forma cada vez más madura, su fruto" (UUS 33).

El diálogo es, efectivamente, un "encuentro" entre seres creados "a imagen de Dios". En otras palabras, los cristianos y quienes no lo son viven todos en la esperanza de ser salvados. Por este motivo, cada una de sus religiones se presenta como "una búsqueda de salvación"<sup>26</sup> y

---

<sup>26</sup> La "salvación" consistirá en "liberarse" del mal en todos sus aspectos o en el aspecto que se considere más importante. De ese modo, se llegan a adoptar unos criterios, valores y actitudes como medios para liberarse del mal. Consideraciones a tener en cuenta:

1<sup>a</sup> *La naturaleza de la religión consiste en la búsqueda del significado integral de la existencia humana*, de su historia y de todo el cosmos, en relación con Dios (el absoluto, trascendente), que es la fuente de todo (el creador) y hacia quien se orienta todo. La búsqueda de la verdad y el bien, que es innata en todo corazón humano, se concreta en una búsqueda de quien es la Verdad y el Bien y partiendo de la propia realidad personal, social y cósmica. Al Trascendente se le vislumbra inmanente, como "más íntimamente presente que uno mismo".

2<sup>a</sup> En cierto modo, se puede hablar de *autorevelación de Dios por medio de cada cultura*, especialmente en las actitudes religiosas de todos los pueblos. Es Dios mismo quien sostiene el deseo de trascendencia en el corazón humano. Y, a partir de esta búsqueda del sentido de la vida, nace la historia de la humanidad, caminando hacia un más allá insospechado. Dios creador es también providente, presente en todo de modo activo, con el mismo amor creador del inicio del cosmos.

3<sup>a</sup> *Las religiones son expresión viviente del alma de vastos grupos humanos*. Llevan en sí mismas el eco de milenios de búsqueda de Dios, hecha frecuentemente con sinceridad y rectitud de corazón. Poseen un impresionante patrimonio de textos profundamente religiosos y han enseñado a generaciones de personas a orar. Todas ellas están llenas de "semillas del Verbo" y constituyen una auténtica "preparación evangélica" (EN 53).

4<sup>a</sup> *El pluralismo de religiones corresponde a otras tantas explicaciones del sentido de la vida en relación con la trascendencia*. La historia de las religiones equivale a la historia de las culturas de todos los pueblos, siempre buscando la verdad, el bien y la belleza; pero también siempre con luces y sombras, limitaciones, defectos y errores. El modo de relacionarse con Dios o la trascendencia repercutirá en los conceptos sobre el hombre y la creación. Esos mismos conceptos o intuiciones originarán otros tantos modos de concebir y practicar la religión.

5<sup>a</sup> *Toda religión ofrece un concepto de salvación y unos medios para alcanzarla, en relación con Dios o con la verdad y el bien absolutos*. En este sentido, la "salvación", en principio, se puede conseguir en *todas las religiones*. La religión, en líneas generales, indica la *relación con Dios* o con lo sagrado. Ordinariamente, las religiones expresan esta relación con el Creador personal, "Dios", que es principio y fin de todo.

Los *actos de religión* son medios para relacionarse con Dios o con la trascendencia. De ese modo se reconoce que Dios es el primer principio, de quien todo procede y que es más allá de todo; pero, al mismo tiempo, se manifiesta una cierta confianza o unión con su poder o bondad. La oración es considerada como el corazón de la religión porque manifiesta el deseo de relación y encuentro. Las expresiones o actos religiosos son personales o comunitarios; realizados por medio de preces, ritos o



propone caminos para alcanzarla. Este encuentro en la condición humana común coloca a las partes dialogantes en *un plano de paridad*, mucho más verdadero que el discurso religioso puramente humano. Por otro lado, los problemas de maduración personal, la experiencia de la comunidad humana y todas las cuestiones que gravitan en torno al trabajo "para ganarse la vida", lejos de ser temas que distraigan del diálogo religioso, constituyen el terreno "a cielo abierto" para tal diálogo. Por tanto, en este diálogo aparece claro que el "lugar" de Dios es el hombre (CR 112).

Aún más, la constante que subyace en todos los otros problemas de la condición humana no es otro que la muerte, compañera inseparable de la aventura y condición humana. Ciertamente, el hombre, incapaz de exorcizar la muerte, hace todo lo posible para no pensar en ella, aunque allí resuene con mayor intensidad la llamada del Dios viviente (CR 113). No faltan las respuestas teóricas, pero éstas no pueden evitar el escándalo, que permanece. Lo que importa verdaderamente es el destino humano último. "Por tanto, la única pregunta sería, en cuanto existencial e ineludible... es ésta: ¿se hace o no el Dios vivo cargo de la muerte del hombre?" (CR 113).

La actuación de Dios en la muerte y resurrección de Jesucristo hace que la propuesta cristiana sea definitiva y concluyente. "El diálogo interreligioso recibe entonces sentido en la economía de la salvación: no se limita a continuar el mensaje de los profetas y la misión del Precursor, sino que se fundamenta en el acontecimiento de la salvación realizado en Cristo, y tiende a la segunda venida del Señor" (CR 113).

d) Subrayar algunos aspectos particulares del Credo, de la doctrina y de la liturgia.

Llegados a esta fase del diálogo, sería muy ventajoso para catequistas y catequizandos que se *insistiera de modo particular sobre los artículos del Credo que tengan alguna correspondencia con la fe de los interlocutores*. Así, por ejemplo, existe una gran cercanía en la creencia sobre el Padre, creador del cielo y de la tierra, que ha hablado a los hombres, que a todos pide que se sometan a sus decretos misteriosos, que será el juez

---

ceremonias, sacrificios u ofrendas; para adorar, alabar, agradecer, pedir, aplacar; buscando el sentido integral de la vida, en el espacio y en el tiempo.

de todos. Esto no implica que el cristiano deba olvidarse del cristocentrismo esencial de su fe.

La catequesis para el diálogo no deberá olvidar que es cristocéntrica; pero tampoco que debe preparar para la proclamación de la grandeza de Dios, para testimoniar el honor que él merece y reconocer que todo depende de su total y libre iniciativa. No deberá pasar por alto que los cristianos deben ser plenamente conscientes de haber sido colmados por Dios para vivir al máximo estos valores positivos, que, normalmente, se encuentran en sus interlocutores no cristianos, tanto más cuanto que *ésta es la condición absolutamente necesaria para hacer emerger y poner de relieve las maravillas que denominamos revelación de la paternidad divina, la encarnación del Verbo eterno y la redención universal obrada por Jesucristo.*

En dicho diálogo, por tanto, los cristianos no deben tener prisa por hablar de Jesucristo, sino que deben estar dispuestos a *meditar y expresar ampliamente el misterio de la Palabra eterna*, antes de confesar, finalmente, que la encarnación consiste precisamente en la venida gratuita de esta Palabra en medio de los hombres, en nombre de una misericordia y de un amor que testimonian precisamente la misma paternidad de Dios y que abren a todos el camino que lleva a la adoración filial. En este punto, sería conveniente insistir en el rol y acción del Espíritu, que "ha hablado por medio de los profetas".

Consecuentemente, el catequista debería sentirse obligado a situar en el centro de su enseñanza la revelación de la "vida filial" que el cristiano debe realizar con Cristo y en Cristo. Es precisamente en el vivir "como hijos", bajo la mirada del Padre, en el rezar filialmente al Señor y en el amar fraternalmente a todos los hombres como los cristianos pueden "demostrar la importancia vital de los misterios" de los que gratuitamente han sido hechos confidentes y beneficiarios.

Que el cristiano sepa que toda su dignidad está precisamente en el haber sido agraciados y favorecidos. De esta autoconciencia deriva su religiosidad: todos los ritos de adoración, de intercesión o de acción de gracias del cristiano, en casa o en la iglesia, en privado o en público, están marcados por este "sentido superior de lo sagrado", donde se prueba que todo lo creado participa de la misma grandeza de Dios, a causa de Jesucristo. A este respecto, sería muy conveniente acentuar la importancia del cuidado de los gestos, los lugares y las manifestaciones exteriores del

culto. En pocas palabras, que todo en el culto cristiano sea vivido personal y comunitariamente con dignidad, autenticidad y verdad.

Llegados a este punto, podrán desarrollar "las diversas aplicaciones de los preceptos de la caridad cristiana", siendo para ellos el amor a Dios y a los hermanos un solo y único mandamiento. Es precisamente la eficacia de sus hechos la que da credibilidad y autenticidad a su fe. La enseñanza catequética debería insistir, como recuerda *Gaudium et spes*, en la obligación del cristiano de llevar a "plenitud la creación": de ponerse "enteramente al servicio de todos los hombres, sus hermanos", a causa de su dignidad fundamental, y a "organizar una sociedad justa y fraterna", donde la voluntad de Dios —que es amor— vendría realizada en modos concretos.

#### CONCLUSIÓN

Juan Pablo II ha invitado a formar en el diálogo sobre todo a los más jóvenes<sup>27</sup>. Se debe creer en el diálogo, pues en ocasiones será el único medio para anunciar el evangelio de Cristo. Es un camino difícil, pero siempre que se haga de modo adecuado dará frutos para el Reino, si bien los tiempos y momentos están reservados al Padre (RM 57).

Dentro de esta espiritualidad, y para que no aparezcan en los cristianos el miedo o el orgullo frente a los miembros de otras religiones, el catequista debe esforzarse en hacer germinar en los catequizandos las siguientes actitudes y conocimientos:

1) *Escucha del Espíritu*, que sopla donde quiere: respeto a lo que él ha obrado en el hombre para alcanzar aquella purificación interior, sin la cual el diálogo no logra frutos de salvación<sup>28</sup>.

2) *Conocimiento de las tradiciones religioso-culturales con las que se quiere abrir un verdadero diálogo*. El correcto conocimiento de las religiones presentes en el espacio geográfico donde se vive; de su historia y organización; de los valores que, como "semillas del Verbo", pueden constituir una "preparación al evangelio" o de los límites y errores que se

---

<sup>27</sup> Cf. *Discurso de Juan Pablo II a los miembros del Secretariado para los no cristianos*, 27 de abril 1989.

<sup>28</sup> Cf. RM 56; *Diálogo y anuncio*, 40-41.

oponen a la verdad evangélica. Así lo indica *Ad gentes*: "Familiarícense con sus tradiciones nacionales y religiosas; descubran con gozo y respeto las semillas de la Palabra que en ellas se contienen" (AG 11). Este conocimiento es absolutamente necesario y exige un estudio serio de las mismas; de sus valores humanos, morales y religiosos; de su historia, de sus esquemas, etc. La falta de conocimiento mutuo de las respectivas religiones es uno de los mayores obstáculos para el diálogo interreligioso.

3) *Respeto teológico por el no cristiano entusiasta de su propia identidad religiosa*. Respeto al otro, "y todo aquello que ha obrado en él el Espíritu que sopla donde quiere" (RH 12). "El cristiano no puede olvidar que todos los hombres son objeto del amor salvífico de Dios; se hallan bajo el influjo del Verbo creador y redentor y han sido, sin excepción, redimidos por Cristo. El fiel de otra religión no puede ser considerado de modo despreciativo, sino como alguien que está, de algún modo, en el camino hacia Cristo, incluso si no lo sabe" (RH 14).

4) *Respeto ante las religiones*. La *Evangelii nuntiandi* es clara<sup>29</sup>: merecen la atención y la estima de los cristianos; y su patrimonio espiritual es una invitación eficaz al diálogo. Sin embargo, no conviene olvidar la parte de error que encierran ni silenciar ante los no cristianos el anuncio de Jesucristo (EN 53).

5) *Conocimiento de la propia identidad religiosa y absoluta fidelidad a la misma*. Estar predispuestos a comprender a todo hombre y a analizar todo sistema no significa perder la certeza de la propia fe o debilitar los valores espirituales. Estar abiertos a reconocer y aceptar los valores espirituales presentes en las tradiciones religiosas de la humanidad no quiere decir ser menos fieles a Cristo, "en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa" (NA 2).

La condición del verdadero dialogante aúna la fidelidad a su propia verdad y la apertura a la interpelación del otro. El diálogo es siempre una aventura arriesgada, sin condiciones de partida, y puede conducir a una "celebración de la verdad" por encima de todos los puntos parciales de los

---

<sup>29</sup> "La Iglesia respeta y estima estas religiones no cristianas, por ser la expresión viviente del alma de vastos grupos humanos. Llevan en sí mismas el eco de milenios a la búsqueda de Dios; búsqueda incompleta, pero hecha frecuentemente con sinceridad y rectitud de corazón. Poseen un impresionante patrimonio de textos profundamente religiosos. Han enseñado a generaciones de personas a orar. Todas están llenas de innumerables semillas del Verbo y constituyen una auténtica preparación evangélica" (EN 53).

interlocutores. En esta experiencia de diálogo yo puedo descubrir que no realizo en mi vida la verdad que proclamo; y el otro puede ser inducido a realizar la verdad en su vida. El proselitismo consiste siempre en querer a todo precio obligar al otro a aceptar mi propia convicción sin respetar su propia vocación. Por eso, la fidelidad a la propia identidad religiosa comporta, en el nivel existencial, una profunda y vital experiencia de la propia fe, ya que no se puede comunicar existencialmente lo que no es vivido y asimilado.

6) *Convicción creyente de que la salvación viene de Cristo* y que, por tanto, el diálogo no dispensa del anuncio (RM 55); que la Iglesia es el camino ordinario de salvación y sólo ella posee la plenitud de la verdad revelada y de los medios salvíficos<sup>30</sup>.

7) *Colaboración práctica* con los organismos religiosos no cristianos para resolver los grandes desaffos de la humanidad, como la paz, la justicia, el desarrollo, etc. (AG 12; CA 60). Además, es necesaria una actitud de estima y de acogida hacia las personas. La caridad del Padre común debe unir a la familia humana en toda obra de bien.

Para terminar, y aunque no es fácil hacer un resumen de las expectativas que subyacen en los números que el DGC dedica al diálogo interreligioso, propongo cuatro consideraciones finales:

– *El mensaje evangélico no es aislable del diálogo o relación con las otras religiones.* Se iría contra la ley de la "encarnación" si se quisiera pura y simplemente aislar el mensaje evangélico del ambiente religioso en el que se ha expresado en el curso de los siglos. La primera predicación de los apóstoles tuvo que hacerse en diálogo con la religión judía, en la que el mensaje cristiano había florecido.

– *La fuerza del evangelio es transformadora y regeneradora.* Para ello es necesario llevar la fuerza del evangelio al corazón de las religiones. La fuerza intrínseca de la Palabra de Dios es capaz de transformar y regenerar las religiones. Ésta es la creencia y la propuesta, siempre nueva, del misterio escondido que la Iglesia tiene el deber de hacer llegar a todo hombre. No caigamos en el error de considerar que el evangelio pueda sufrir alteraciones en su encuentro con las religiones.

---

<sup>30</sup> Cf. LG 14; UR 3; AG 7. Así lo ha recordado en más de una ocasión Juan Pablo II, refiriéndose a la *Redemptoris missio*.

También se debe superar la concepción de una pacífica convivencia entre la Palabra de Dios y las otras religiones, como si entre ellas hubiera igualdad de energías interiores<sup>31</sup>. Por el contrario, no debemos extrañarnos si la fuerza del evangelio va penetrando en las religiones, rectificando no pocos de sus elementos y transformando y regenerando algunas de sus creencias y expresiones culturales.

— *Un diálogo se empobrece abdicando o atenuando su mensaje*: esta regla general para cualquier tipo de diálogo es especialmente significativa en el diálogo religioso. Nuestra aportación es presentar y testimoniar en su totalidad la verdad traída por Cristo, incluso si esta verdad parece, a veces, comprometer la suerte de nuestro diálogo con los hombres. Éste es el riesgo de la fe y el escándalo del evangelio; pero sería peor faltar a la justicia hacia los otros, negándoles la radicalidad del mensaje con el que se tienen que confrontar. No se debe hacer selección de la Palabra de Dios, presentando del cristianismo sólo aquellos aspectos que sean accesibles o agradables para los miembros de otras religiones. La fuerza del evangelio es tal que debe ser presentada con fidelidad en su propia integridad, en sus contenidos originales y propios, sin mutilar la pureza del mensaje.

— *Mantener la catolicidad de la Iglesia* en su misión a todos los hombres, culturas y religiones es cumplir fielmente la nota de la Iglesia en la que se anudan la esencialidad de su universalidad y la naturaleza de ser misionada y misionera con la vocación explícita de llevar el mensaje de salvación a todas las gentes.

---

<sup>31</sup> Por consiguiente, el diálogo no debe inducir al relativismo religioso. No se puede "poner al mismo nivel la revelación de Dios en Cristo y las escrituras o tradiciones de otras religiones. Un teocentrismo que no reconoce a Cristo en su plena identidad sería inaceptable para la fe católica... El mandato misionero de Cristo, perennemente válido, es una invitación explícita a hacer discípulos a todas las gentes y bautizarlas, para que se abra para ellos la plenitud del don de Dios" (la traducción es mía) (cf. Juan Pablo II, *Alla Pontificia Università Urbaniana*, Roma 11 de abril 1991, nn. 5-6, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, 1991, XIV/1 [Città del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 1991] 749 y 751; cf. CEC 846-848).